

A photograph of an open notebook with a white page and a dark red cover. A blue pen with gold accents is lying on the page. The name 'RAQUEL RODREIN' is printed in red, uppercase letters across the top of the page.

RAQUEL RODREIN

Tú
escribes
el
final

IV PREMIO TERCIOPELO

Tú escribes el final



Tú escribes el final

IV Premio Terciopelo

Raquel Rodrein



TERCIOPELO

© Raquel Rodrein, 2009

Primera edición: marzo de 2010

© de esta edición: Libros del Atril, S.L.
Marquès de l'Argentera, 17. Pral.
08003 Barcelona
info@terciopelo.net
www.terciopelo.net

Impreso por Brosmac, S.L.
Carretera de Villaviciosa - Móstoles, km 1
Villaviciosa de Odón (Madrid)

ISBN: 978-84-92617-38-8
Depósito legal: B. 2.237-2010

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

A mis padres.
De no haber sido por vosotros no me
habría convertido en la persona que soy.

A mis hermanas, Mamen y María.
Mis niñas del alma e incansables
compañeras de viaje.

Y sobre todo a Isa y Gerry.
Fuentes inagotables de apoyo
e inspiración. Sin vosotros esto
jamás habría sido posible.

Nota de la autora

Aunque *Tú escribes el final* es una obra de ficción, la mayoría de las localizaciones son reales si bien han podido sufrir modificaciones a lo largo de los últimos años. En ocasiones me he tomado la libertad de cambiar algunos datos con fines de carácter puramente narrativo. Cualquier otro tipo de piadoso error cometido es exclusiva responsabilidad de la autora. La alusión a personajes contemporáneos es meramente puntual sin que ello produzca alteración alguna en el desarrollo de la trama.

Aunque es innegable que las experiencias y las personas que nos han acompañado a lo largo de nuestra vida son, sin duda, fuentes inagotables de inspiración, los personajes de esta historia son totalmente ficticios y cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

Prólogo

Vuelo British Airways Londres-Edimburgo
3 de febrero de 2006

El ser humano es impaciente e inconformista por naturaleza. Impaciente por salir del vientre materno, ansioso por crecer, desesperado por saber y angustiado al mismo tiempo por la ignorancia. Se pasa la mayor parte de su existencia queriendo ser aquello que no es, deseando alcanzar lo inalcanzable, queriendo obtener aquello que no posee. Pero la vida es astuta y calculadora. La picardía del destino se burla de nuestros deseos más insospechados para después hacerlos realidad. Y cuando se logra conquistar la cima, nos quedamos atrapados en ella sin saber cómo volver a bajar a la superficie sin riesgo de resbalarse y desaparecer.

Estos pensamientos impedían a Liam Wallace conseguir cerrar los ojos después de más de doce horas de vuelo desde que despegara de Los Ángeles e hiciera escala en Heathrow. No es que no estuviera acostumbrado a volar durante tantas horas, al contrario. El problema radicaba en que en esta ocasión lo hacía en clase turista, cuando curiosamente cualquier desplazamiento de largo recorrido lo realizaba en *jet* privado desde hacía más de un año.

Le costó sudores y lágrimas distraer a Clyde Fraser, su secretario, representante y, a veces, insólito ángel de la guarda. Su recién estrenado guardaespaldas, Mario Delgado, había sido otra de las ideas de Clyde y, a pesar de que Liam estaba en total desacuerdo, obviamente había terminado perdiendo la batalla.

Ya había intentado entrar con él en los aseos, pero Liam le dedicó una sonrisa perversa que significaba «ni se te ocurra».

Con aquella vieja y aparentemente inocente excusa, trató de despistarlos a ambos y lo consiguió tal y como la gente solía hacer en las películas. Muy fácil si en su equipaje de mano hubiera llevado una peluca, una gafas ahumadas, una gorra, una gabardina y otros zapatos. Pero en este caso, lo único que llevaba consigo era su pasaporte y su cartera con algunas tarjetas de crédito y no más de seiscientos dólares en efectivo. Lo decidió en cuestión de segundos. De pronto no sólo le estimulaba la idea de pasar desapercibido. Sencillamente lo necesitaba.

—Perdona, ¿podrías hacerme un favor? —preguntó Liam en el instante mismo en que salía del aseo.

Un joven, más o menos de su estatura, vestido con camisa blanca, jersey en una mano y gorra en la otra, se giró en dirección a aquella voz que le hablaba. Por suerte era la única persona que se encontraba allí.

Se disponía a coger su pequeña maleta que se encontraba apoyada en el suelo cuando fue consciente de quién le estaba hablando.

—Pe... perdone... ¿usted es...? —En su rostro se dibujó una tímida e incrédula expresión. Debía de ser algunos años más joven que Liam.

—Sí, soy yo —le respondió Liam con una extensa sonrisa, esa franca sonrisa que había cautivado a millones de espectadores en todo el mundo.

—Permítame una pregunta: ¿Qué es lo que puedo hacer por usted, señor Wallace?

—Liam, por favor y tutéame, ¿de acuerdo? —Otra colosal sonrisa—. ¿Tu nombre?

—Charles, Charles Mortensen.

—Es un placer, Charles —dijo Liam estrechándole calurosamente la mano—. Bien, escucha. Quiero coger un vuelo de la British que sale dentro de una hora para Edimburgo. Un vuelo regular pero no puedo hacerlo porque tengo a dos gorilas esperándome en la cafetería que creen que voy a subir con ellos en el avión que nos espera.

—¿Y?

—Necesito tu ropa

—¿Mi ropa? Pero...

—Sí, Charles. Necesito hacer el cambiao para coger ese vuelo sin que nadie me persiga.

—¿No estará metido en...? —Se arrepintió de la pregunta tan poco acertada.

—No hagas caso a todo lo que se publica.

—Pero señor Wallace...perdón... Liam. La gente te va a perseguir de todas formas.

—Ahí hay utensilios para afeitarse. Ahora mismo me deshago de la barba y con tu ropa lograré pasar inadvertido. Con la gorra y tus gafas de sol nadie me va a conocer hasta que esté dentro de la puerta de embarque. Te daré lo que tenga en la cartera —dijo sacándola del bolsillo de su abrigo—. Tengo unos a ver... déjame contar... 585 pavos.

—No quiero tu dinero —aclaró.

Liam se sintió ridículo ante la patética oferta que le acababa de hacer. Si estaba en aquella terminal, era evidente que necesitaría cualquier cosa menos su dinero.

Hubo un corto silencio. El pobre Charles debía de estar fascinado con la situación tan surrealista que estaba viviendo en ese momento. Liam Wallace, uno de los mejores actores de los últimos tiempos, pidiéndole semejante favor.

—¿Y bien? —preguntó Liam algo nervioso.

—Esto no será una broma, ¿verdad? —preguntó claramente receloso, mirando en todas direcciones por si lograba descubrir signos de una cámara oculta.

—En mi vida había hablado más en serio.

Charles caviló durante escasos segundos antes de tomar una decisión.

—De acuerdo. Me pondré a vigilar al lado de la puerta para que nadie entre. Y quiero una entrada para la próxima entrega de los Oscars.

Otro silencio. Y luego otra sagaz sonrisa por parte de Liam.

—Trato hecho. —Sacó su móvil y se lo entregó para que le grabara su número de teléfono de forma que pudiera contactar con él.

—¿De veras que vas a hacerlo?

—¿Por quién me tomas? Estás hablando con un escocés. Un trato es un trato. —Sabía que no siempre había cumplido sus promesas pero esta vez tenía la intención de llevarla a cabo.

Ninguno de los dos podía dar aún crédito a lo que allí estaba sucediendo. La realidad superaba la ficción.

—¡Vamos! ¿A qué esperas para darte ese afeitado?

Capítulo uno

La azafata volvió a dedicarle una preciosa sonrisa mientras atendía la petición de la señora de mediana edad que tenía sentada justo a su lado. Afortunadamente, se había pasado la mayor parte del viaje dormitando y su hija, que debía de ser la persona más tímida y prudente sobre la faz de la tierra, sólo se limitó a comentarle lo bien que le sentaba a Liam su nuevo aspecto. La gente no dejaba de sorprenderle. A pesar de que estaba claro que era él quien estaba sentado allí esperando para aterrizar en unos escasos veinte minutos, nadie se le había echado encima en busca de un autógrafo o pidiéndole un hijo. Le estaban mostrando un respeto sin límites, aunque prefería no cantar victoria. Sabía que levantaría mucha expectación el hecho de que hubiera burlado la vigilancia de sus vigilantes. Prefería no pensar en la que habría montado Clyde cuando se hubiera enterado de su jugada. Estaba seguro de que había sido capaz de plantarse en la torre de control del aeropuerto para ponerse en contacto con la tripulación y cerciorarse de que, efectivamente, iba sano y salvo en ese vuelo. Seguramente tendría más de una llamada esperándole en cuanto pusiera los pies en Edimburgo.

El avión inició su descenso y Liam tragó saliva. Volvió a la realidad, al motivo de aquel regreso a su Escocia natal. Esta vez no se trataba de un viaje cualquiera. Desde que abandonó la tierra que le vio nacer, a finales del verano del 94, había regresado siempre que su familia y sus obligaciones lo habían requerido. No faltó a la boda de su hermana Jane ni a la de su hermano Keith. No se había perdido el bautizo de sus sobrinos

ni el sexagésimo cumpleaños de sus padres. Había pasado allí las vacaciones navideñas siempre que su agenda se lo permitía. Trató de no descuidar esas pinceladas de realidad. Necesitaba de aquellos contactos, aquellos paisajes, aquellos silencios, aquella lluvia estival seguida de un sol radiante o aquel frío que cortaba la respiración. Si hubiera carecido de todo eso, no sabía cómo habría podido seguir prorrogando su estancia en Estados Unidos. Probablemente habría tirado la toalla. Todos se desvivían para hacer que volviera. Pretendían en todo momento terminar con sus aspiraciones. Por una parte, se deshacían en halagos hacia su desmesurado talento innato y aún por descubrir, demandando de esos ciegos *yankees* un poco más de sentido común porque le consideraban un actor inmejorable e insuperable. Pero por otra, le suplicaban que renunciara y que volviera a sus orígenes y a su profesión. Justo cuando estaba a punto de claudicar, Clyde, que por entonces había dejado el periodismo para montar su propia productora en la ciudad de Nueva York, le sugirió que se presentara a una audición para una obra en Broadway. Así lo hizo y obtuvo el papel protagonista.

Aquella fue su primera y auténtica oportunidad. La obra *El novelista* se estrenaba en septiembre de 1998 y a partir de ese instante su vida y su suerte cambiaron de forma extremadamente radical. Clyde Fraser se convertiría en su sombra. Del teatro pasó a la televisión; con una serie que batió los récords de audiencia en todo el país y cuyos derechos se vendieron a cientos de cadenas televisivas de todo el mundo. De ahí al cine. Sólo llevaba en su currículum cinco películas. Por una de ellas, *Delito de omisión*, había ganado el Globo de Oro al mejor actor principal y por la última, *El juicio final*, en la que interpretaba a la perfección la vida de un nazi arrepentido, estaba doblemente nominado al Oscar como mejor actor y productor.

Volvió a sentir un nuevo descenso del avión en su vientre. Un estremecimiento le recorrió toda la espina dorsal. No quería hacer frente al dolor que lo embargaba. Hacía casi dos años que no había vuelto a casa, al lugar del que quizás nunca debió salir. Quiso borrar de su mente el instante de su vida en el que recibió la desoladora noticia de la enfermedad de su madre. Sólo se había dignado a volar hasta Edimburgo para estar jun-

to a ella unos pocos minutos en aquella triste habitación de hospital. No pudo soportarlo y huyó despavorido hacía el aeropuerto para volver a Nueva York. Sabía que debería haber permanecido allí y la angustia de haber querido hacerlo y no haberlo logrado lo mantuvo atormentado durante muchas noches.

Su hermana Jane le había tenido al corriente del estado de su madre en todo momento, si bien estaba convencido de que no lo estaba haciendo de buen grado. Debería haber subido en uno de tantos aviones privados que tenía a su disposición para estar allí junto a ellos, pero no lo había hecho. Lo había pospuesto una y otra vez durante un par de semanas por la mejoría que parecía existir hasta que el inevitable aunque esperado desenlace había tenido lugar. Tras una aparente mejoría, su madre había fallecido a los sesenta y cuatro años de edad la pasada madrugada. Las lágrimas acudieron desesperadas a sus ojos pero él las borró de inmediato con la ayuda de una servilleta de papel.

Había tenido una acalorada conversación con Clyde antes de despegar de Los Ángeles. La triste noticia los había pillado a ambos fuera de combate. Liam quiso salir del país de inmediato y quería hacerlo solo, a lo que evidentemente Clyde se opuso rotundamente.

Un chófer y un guardaespaldas contratados por su socio, a pesar de la oposición de Liam, lo esperaban a la entrada de Scottish Green, su morada californiana, para llevarlo al aeropuerto donde un *jet* privado de Miramax Studios lo trasladaría hasta la ciudad de Londres. Otro avión privado lo llevaría directamente desde allí hasta Edimburgo.

—La noticia no se ha filtrado y sabes de sobra que hay parcelas de mi vida privada que afortunadamente ni el más avisado de los *paparazzi* ha conseguido revelar. La prensa sabe que mi vida al otro lado del Atlántico es intocable. Si ellos lo respetan, ¿acaso tú no deberías hacer lo mismo?

—Maldita sea, Liam, no se trata de respeto. Desde el día que decidiste dedicarte a esto sabías que vivir aislado sería sencillamente algo insostenible. Reconozco que eres de los pocos que casi lo ha conseguido y no sabes el mérito que eso supone. No puedes hacer y deshacer a tu antojo como últimamente

vienes haciendo. Ya sufriste las consecuencias de ello hace tiempo y no necesito recordarte el resultado. Sabes que no es prudente en estos momentos.

Liam le volvió la espalda al tiempo que apoyaba su frente sobre el cristal de las gigantescas puertas correderas que comunicaban con su jardín. Contemplaba sin ver el perfecto verdor que rodeaba la magnífica piscina de su residencia en Palm Canyon.

—Harás un sencillo comunicado de prensa cuando yo te lo diga y lamento manifestarte que en este preciso instante los resultados que puedan derivarse de mi escasez de prudencia es lo que menos me afecta.

—¿Se puede saber qué demonios te pasa? —Clyde depositó su botella de cerveza sin alcohol ya vacía sobre la mesa más cercana y se acercó a él.

—Estoy pensando en tomarme un descanso —respondió Liam sin mirarlo.

—No es el mejor momento y tienes que seguir con la promoción, pero si quieres tomarte unos días para estar con tu familia, hazlo. No te vendrá mal.

—No estoy hablando de tomarme unas vacaciones.

Esta vez Liam se giró y se enfrentó a la mirada sombría de Clyde que lo observaba atentamente sin pestañear.

—Acaba de fallecer tu madre y estás afectado. No tomes decisiones precipitadas de las que probablemente a la larga te puedas arrepentir.

—Me conoces y sabes de sobra que una vez que tomo una decisión ya no hay marcha atrás. —Cruzó el salón hasta el comedor. Cogió su móvil, que estaba encima de una mesa, y después fue en busca de su chaqueta.

—No estás enfocando esto de la forma más adecuada —le dijo Clyde mientras lo seguía.

Liam se detuvo en seco y con una opaca mirada lo fulminó.

—Maldita sea, Clyde, mi madre acaba de morir. Han pasado dos años, dos jodidos años en los que no he tenido las agallas suficientes para volver a casa porque estaba empezando a convertirme en una persona que dista mucho de la que era a ojos de toda mi familia. Quisiera que por una vez me dejaras a solas con la poca decencia que me queda.

Le dio la espalda y se encaminó hacia la salida trasera del inmueble.

—¿Se puede saber adónde vas? —preguntó Clyde aún aturdido por el tono y sentido de las palabras que acababa de escuchar. Estaba más que acostumbrado a ese tipo de escenas pero lo que había visto hacía un instante en los ojos de Liam fue algo verdaderamente insólito.

Liam interrumpió su paso acelerado y volvió a regalar a Clyde aquella inexplicable mirada gélida.

—Mario y John me esperan para llevarme al aeropuerto de Heathrow. En cuanto aterricemos en nuestra terminal de Londres, olvídate de que Liam Wallace existe.

Clyde estuvo a punto de decir algo pero cualesquiera que fuesen las palabras que quería pronunciar no fue capaz de articular sonido alguno. Siguió a Liam y subió al vehículo con él.

Capítulo dos

La sonriente azafata se detuvo una vez más al lado de su asiento y le entregó un pequeño papel doblado.

—Un mensaje del comandante —le dijo con un intencionado tono bajo de voz.

Liam le daba las gracias al tiempo que desdoblaba la nota entregada que decía:

Un coche te espera a tu llegada al aeropuerto. A la salida encontrarás a un joven de cabello largo y pelirrojo recogido en una coleta con un cartel con el nombre de Thomas MacDonalds. Dirígete a él y te guiará hasta un Lexus azul oscuro. Te entregará las llaves y a partir de ese instante me olvidaré de que existes, pero por favor no te olvides de que yo continuo aquí esperando noticias. Mantente en contacto, te lo ruego.

Buena suerte, Clyde

De nuevo sintió una punzada de retorno a la realidad cuando se encaminó por error a la puerta del copiloto pensando que era la del conductor. Sonrió para sí mismo y se dirigió a la puerta correcta para abrirla.

Tomó aire antes de poner en marcha el vehículo en dirección al nordeste por Jubilee Road. Le quedaba aproximadamente una hora de camino hacia su destino. En Graigforth tomó la segunda salida para incorporarse a la A84 que le llevaría hasta Callander, condado de Stirling. Mantuvo la vista en un punto fijo durante todo el trayecto. Aquella carretera se la

conocía como la palma de su mano. La había recorrido millares de veces desde su más tierna infancia para pasar las vacaciones estivales y otras fechas entrañables en compañía de su familia. Esos paisajes sólo le evocaban imágenes memorables, pero a partir de ahora las cosas iban a ser muy distintas. El funeral de Katherine Eileen Wallace sería la causa.

Giró a la derecha en Cross Street y continuó hasta Main Street, observando el deambular tranquilo y pausado de los habitantes del lugar. Redujo la velocidad durante unos segundos para mirar el Rob Roy Visitor Center y prosiguió su camino hasta la esquina de Screw It. Sabía que tendría que volver por donde había venido para llegar al cementerio, pero antes quiso cruzar el puente sobre el río Theith para admirar su casa. Allí se alzaba orgullosa, de un blanco inmaculado que contrastaba con el tejado grisáceo de pizarra, salpicada de ventanales rodeados de coloridas flores que hasta en los días más tristes y lluviosos desprendían una luz indescriptible.

La nostalgia lo embargó de nuevo frente a aquellas serenas aguas en las que tantas veces se había bañado haciendo locuras de todo tipo sin importar que hiciera calor o frío e incluso en unos estados de embriaguez memorables. Se dedicó a sí mismo una mueca melancólica reconstruyendo algunas escenas que su mente había querido desterrar hacía mucho tiempo y reanudó su marcha hasta Brigde Street para asistir a la iglesia.

Dejó el coche aparcado a unos cien metros del templo. En el mismo instante en que puso los pies sobre el suelo adoquinado y levantó la cabeza, se cruzó con la mirada de su hermano Keith que lo observaba con una extraña expresión a poca distancia. Lo había visto llegar desde la entrada en la que empezaban a aglomerarse todos los asistentes. Escapó de la multitud mientras se veía obligado a detenerse una y otra vez para recibir las muestras de condolencia. Liam se acercó con paso firme hasta él.

—Menudo cambio —le dijo Keith refiriéndose a su afeitado y a su atuendo informal.

Liam asintió con la mirada, todavía incapaz de pronunciar palabra.

—Tienes aspecto cansado, pero sin duda estás mucho mejor que la última vez. Por un momento he creído estar en otra época y otro lugar. Parece como si no hubiera pasado el tiempo.

—Pero sí que ha pasado —dijo Liam.

—Creí que vendrías acompañado de tu manada.

—Hice un trato con Clyde. Lo dejé plantado en Londres —le contestó, con las manos metidas en los bolsillos y clavando la vista en el suelo.

—¿Quieres decir que has venido solo? —preguntó Keith incrédulo.

Liam asintió y esta vez sí que lo miró directamente a los ojos del mismo intenso color azul que los suyos y Keith supo que estaba a punto de derrumbarse. Sabía lo que en ese instante necesitaba su hermano. Necesitaba un abrazo pero no pudo hacerlo, todavía no. Le apretó el hombro cordialmente. Liam sabía que era una forma de decirle que todo se haría a su debido tiempo y lo entendió.

—Entremos —le dijo Keith—. Todo el mundo te está esperando.

Se sintió rodeado de rostros afligidos, la mayoría de ellos conocidos. Los abrazos y los mensajes llenos de afecto y adoración por Katherine Wallace lo llevaron a desear evaporarse de aquel lugar por el intenso sufrimiento que le invadía en aquel momento. Al tiempo que supervisaba a la multitud, concentró su búsqueda en la primera fila de asistentes para encontrarse con el desconsolado rostro de James Wallace, su padre. Sentada a su lado se encontraba su hermana Jane, que alzó despacio la cabeza para mirarlo con una expresión de desazón. Dijo algo al oído de su padre y ambos respondieron a la silenciosa mirada de Liam, presa del mismo desconsuelo.

Jane contuvo el aliento cuando su hermano se detuvo ante ella. Repentinamente el corazón comenzó a martillearle en el pecho. El aspecto de Liam era de total agotamiento. Sin embargo, estaba espléndido.

—Jane —susurró Liam al tiempo que se le humedecían los ojos y acogía en sus brazos a su hermana mayor. Jane se sintió súbitamente derrotada por un oscuro conflicto interior. Estaba tan feliz de tenerlo tan cerca. Se aferró a él sollozando en silencio. Se separó de ella inmediatamente para encontrarse con la imponente figura de su padre, que de la noche a la mañana parecía haber envejecido diez años.

—He vuelto a casa —murmuró Liam.

James no necesitó escuchar nada más. Lo estrechó con firmeza entre sus brazos impregnándose de la angustia contenida por su hijo.

Ambos temblaban, confinados cada uno en su propio dolor.

—¿Por qué, Liam? Dime, ¿por qué? —Aquella suplicante cuestión hacía referencia a tantas cosas. A la muerte injusta de su esposa y a sus propias vidas, sobre todo a la de Liam.

—Nadie tiene la respuesta, papá.

Se le humedecieron de nuevo los ojos al tiempo que expulsaba el aire para volver a mirar a su hijo.

—Mamá está tan feliz de que hayas vuelto...

Liam supo en ese preciso instante que aquel regreso a Callander marcaría un antes y un después en su caótica existencia. Lo que todavía ignoraba era el hecho de que, en breve, tendría que hacer frente al papel más complicado de su carrera y esta vez no lo interpretaría frente a una cámara.

El ruido de la enérgica lluvia que golpeaba la ventana de su antigua habitación lo despertó después de haber logrado cerrar los ojos durante lo que calculó no debía de ser mucho tiempo. Trató de abrirlos completamente para consultar la hora en el reloj de su mesilla de noche. Faltaban diez minutos para las tres de la madrugada y no hacía ni dos horas que se había ido a dormir después de una jornada de sentimientos que dejarían huella en su alma hasta el fin de sus días.

Se incorporó y permaneció un rato sentado en su cama mirando al vacío y oyendo el dinámico sonido de la embravecida lluvia escocesa contra los cristales. Se levantó y salió al pasillo, pero volvió a entrar porque hacía un frío de mil demonios. Abrió su armario para buscar algo de abrigo y lo primero con lo que tropezó fue con un grueso albornoz de color azul. Eso fue lo que se puso encima y se aventuró a salir de nuevo hacia las escaleras. La madera crujía bajo sus lentos pasos. Trató de no hacer ruido para no despertar a nadie. Entró en el salón y encendió sólo una de las lámparas de mesa que se hallaba junto al sofá que había frente a la chimenea. Aprovechó para echar algo de leña y avivar el fuego para compensar la falta de calor en la estancia.

Cuando se levantó, después de dejar sobre la cubeta un pe-

queño tronco que finalmente no utilizó, se encontró con varios marcos de fotos con imágenes de sí mismo, solo o acompañado de sus hermanos o sus padres. Una de ellas lo mostraba en brazos de su madre con la nariz llena de merengue el día de su quinto cumpleaños. A ambos lados había una de los tres Wallace en los desfiles de los Festivales de Verano de Edimburgo donde habitaban durante el resto del año. Siguió con la mirada la hilera de retratos de su vida. Graduación en Derecho, compañeros de clase suyos y de Keith del Saint Mary R.C. Primary School de Edimburgo, su primera aparición con once años en una obra en Saint Augustine School, su primer papel protagonista en una adaptación de *David Copperfield* de Charles Dickens en el King's Theatre y una excursión familiar al Parque Nacional Trossachs, entre otros. Por último, se fijó en una foto mucho más reciente que se apoyaba sobre un libro ya que la sujeción del marco estaba doblada.

En aquella imagen rodeaba con sus brazos a sus padres en la fiesta ofrecida a los nominados y galardonados de la entrega de los Globos de Oro del año 2004. Sostuvo el marco de fotos en sus manos y con el pulgar acarició aquella parte del cristal donde se hallaba el sonriente rostro de su madre. Se disponía a colocarla en su lugar cuando su campo visual se centró en aquel libro sobre el que había estado reclinada la fotografía.

Se trataba del libro *The Writing of One Novel* del escritor estadounidense Irving Wallace. Lo cogió y abrió la contraportada con manos temblorosas. Todavía conservaba el sello de Cooper Hay Books de Glasgow. Notó cómo se agitaba su respiración al ver las palabras escritas en la primera página.

«NO SUEÑES TU VIDA, VIVE TUS SUEÑOS»

FELIZ CUMPLEAÑOS

AMY, 23 DE NOVIEMBRE DE 1993

—Vaya, creí que era el único que no podía dormir. —Su padre estaba apoyado en la puerta, de brazos cruzados.

Liam se asustó y, sin querer, dejó caer al suelo el libro que sostenía en sus manos.

—No te había oído entrar. Perdona si he hecho ruido y te he despertado.

—No he logrado cerrar los ojos. Te escuché levantarte y yo hice lo mismo.

—¿Cuánto tiempo llevas ahí? —preguntó Liam confuso mientras se agachaba para recuperar el libro. Una foto salió disparada de entre sus hojas.

—El suficiente.

James esperó a que recogiera la foto para ver la contrariada expresión que se dibujaba en el rostro de su hijo mientras la contemplaba.

Liam miró la foto y a continuación a su padre que lo observaba con semblante reflexivo.

—Voy a preparar un café bien cargado —dijo James.

—Que sean dos —añadió Liam.

Capítulo tres

Ambos sostenían con ambas manos la humeante taza mirando al vacío. Aún no habían pronunciado palabra. El libro de Irving Wallace junto con la foto reposaban sobre la gruesa mesa de madera de la cocina. Fue James quien rompió el tedioso silencio.

—¿No hay nada que quieras decirme, Liam?

Liam levantó la vista de su taza y lo miró atentamente.

—No sé por dónde empezar —respondió de nuevo absorto en sus pensamientos.

—¿Cómo te sientes?

—Se supone que soy yo quien debería hacerte esa pregunta. Acabas de perder a la mujer con la que has compartido más de cuarenta años de tu vida. Y no sólo eso; el hijo en el que tenías puestas todas tus ilusiones no ha estado a la altura de las circunstancias en los momentos en que más lo necesitabas.

—Esa respuesta no me convence —le dijo James mientras bebía lentamente de la taza.

—Me he convertido en un desconocido —continuó Liam—. Estoy exiliado de mí mismo. He logrado el respeto y la admiración de gente que no sabe nada de mí y, sin embargo, no he sido capaz de provocar esos mismos sentimientos en aquellos que me han visto crecer y madurar. —Se detuvo un instante antes de continuar—. He vuelto al que fue mi hogar después de haber tocado fondo para ver en los ojos de Jane el conflicto interior que la está envenenando y para ver a Keith sacrificar una muestra de ternura a favor de una simple muestra de afecto. He cometido errores garrafales, pero los he reparado, papá.

No llevo aquí ni veinticuatro horas y me he topado con demasiados recuerdos, recuerdos que he querido arrinconar una y otra vez, pero parece que mi corazón se resigna a doblarse ante el olvido. Y ¿quieres saber cómo me siento? Te lo diré. Me siento un ser despreciable y ruin. Me siento mezquino, ingrato. Es más, creo que hace tiempo que dejé de sentir.

De nuevo el silencio. James bebió un sorbo del líquido caliente y sin decir nada se levantó de su asiento.

—¿Dónde vas? —preguntó Liam con inquietud en la voz.

Su padre le puso la mano sobre el hombro cuando pasó por su lado y se lo apretó afectuosamente.

—Vuelvo enseguida. Tengo algo para ti.

No tardó más de cinco minutos en volver a la cocina. Traía consigo una vieja caja de madera que colocó frente a él.

—¿Qué es esto? —preguntó aturdido.

—Mamá lo tenía guardado para ti. Lo recibimos la víspera de Navidad. Descúbrelo tú mismo. Te espero en el salón.

—Pero...

—Es mejor que estés solo. —Se volvió a levantar—. Tenemos todo el tiempo del mundo.

Liam asintió confundido y dejó marchar a su padre. Miró de nuevo la foto que había encontrado dentro del libro que Amy le había regalado. Allí estaban los dos, abrazados y sonrientes en el centro de la imagen con dos jarras de cerveza, rodeados de George, Valerie, Jill, Tommy y Mel, en un pub de Shandwick Place.

Le temblaba el pulso cuando se disponía a abrir la caja. Había algunas fotos de su último año en la Facultad de Derecho de Edimburgo, amuletos o fetiches de recuerdos de actividades relacionadas con la universidad, entradas de museos o del Traverse, portadas y recortes de artículos y críticas que se hacían eco del estreno de sus películas así como de fiestas y otros eventos en los que siempre era noticia. También se encontró con varios recortes de periódico que no hablaban precisamente de lo buen actor que era, sino más bien de su falta de prudencia por conducir bajo los efectos del alcohol. Parecía como si aquella caja quisiera recordarle de un golpe lo que había sido de su vida durante los últimos diez años.

Pero lo que llamó su atención de inmediato fue un sobre de

tamaño folio desgastado y atado con una cinta. Alguien lo había abierto para ver lo que había en su interior pero lo había vuelto a guardar utilizando el mismo método. En el sobre no había ninguna dirección, ni remitente, ni destinatario. Deshizo el nudo de la cinta y lo puso boca abajo para deslizar el contenido. Se trataba de un manuscrito cuidadosamente encuadrado. Encima de la solapa del mismo había un sobre adherido que estaba destinado a él. Antes de abrir el cuaderno, rasgó el sobre que contenía su nombre y extrajo una carta escrita a mano. Aquella letra la reconoció inmediatamente. Suspiró intranquilo mientras desdoblaba el papel y comenzó a leer.

22 de diciembre de 2005,

Aquí estoy de nuevo, Liam. He regresado a Escocia después de varios años. Esta vez el motivo de mi visita ha sido diferente. Sencillamente en este momento de mi vida necesitaba volver aquí, aún sabiendo que no te encontraría, pero una vez me hiciste prometer que el día que decidiéramos poner una fecha al cumplimiento de un sueño encontraríamos la manera de hacérselo saber al otro y el tuyo se ha cumplido.

Sé que merecías una explicación después de todo lo que ocurrió, pero tuve razones más que justificadas para hacer lo que hice. Bien sabe Dios que fue la decisión más dura que he tenido que tomar en toda mi vida. Supongo que cuando quise darme cuenta del error que había cometido ya era demasiado tarde. Pasados los años he visto que, a pesar de todo, ha merecido la pena. Has llegado a la cima y eso es lo único que me importa.

No te escribo estas letras para hacerte reproches. A pesar de que nos unían los mismos deseos e inquietudes, la vida nos ha llevado por caminos totalmente opuestos. Finalmente, cada uno ha encontrado lo que realmente quería o, al menos, espero que así sea. Parte de mi sueño era que se cumpliera el tuyo. A pesar de tu aparente vulnerabilidad, siempre me ha faltado el arrojo y la rapidez de toma de decisiones que tú tuviste y de sobra sabes que te admiro por ello. Aunque no lo creas, me has demostrado ser el más valiente de los dos. Sabías lo que querías y has luchado hasta conseguirlo.

He seguido tus pasos a través de tus padres. He visitado Escocia en varias ocasiones y siempre que he podido he venido a visitarlos. Tú sabes mejor que nadie lo que supuso para mí el cariño mostrado por toda tu familia después de la pérdida de mi padre. Espero de co-

razón que tu madre se recupere. Es tan injusto todo lo que le está sucediendo. Te estaré eternamente agradecida por haberme hecho pasar en esta bendita tierra el año más feliz de mi vida como tampoco me olvido del tiempo que tuve la suerte de tenerte a mi lado en San Francisco.

Fui a verte en tu primera obra de Broadway y no sabes lo orgullosa que me hiciste sentir. Todavía tiemblo de la emoción sólo de pensarlo. He visto tus películas cientos de veces, aunque he de confesarte que habría hecho muchos retoques en alguno de los guiones que interpretabas. ¿Recuerdas? Yo escribo, tú interpretas. Nuestro lema. Espero de corazón que seas feliz de verdad.

Sé que has creado tu propia productora, Arbroath Film Entertainment. Adjunto a esta carta te mando una preciosa historia. Una historia con la que te identificarás plenamente porque tú formas parte de ella. Pero tiene una particularidad. No está terminada, Liam. Volviste a aparecer en mi vida en un momento crucial y no he dejado de pensar en ello desde entonces. Tengo la vaga sensación de que desde aquel mismo instante en que volví a sentirme inundada por la inmensidad de tus ojos en el hotel Alvear Palace, el barco de mi vida comenzó a hundirse de nuevo, si bien sospecho que a pesar de mis intentos, nunca llegó a estar a flote. Se que esto llegará a tus manos en el momento apropiado. Ahora es tu decisión. Esta vez, tú escribes el final.

Te quiere siempre, Amy

Volvió a leerla un par de veces más porque aún no daba crédito a toda la información que acababa de recibir en tan sólo unos minutos. Sintió que las lágrimas de impotencia afloraban en sus ojos pero apretó los labios en un gesto inconsciente para tratar de apartarlas de sus pupilas. Dobló el papel de nuevo y lo metió en su sobre. A continuación, abrió el manuscrito. En la primera página decía: «Dedicado a Liam Wallace».

La segunda página comenzaba con la siguiente frase:

AEROPUERTO INTERNACIONAL DE EDIMBURGO,
26 DE AGOSTO DE 1993

De nuevo cerró el cuaderno. No pudo continuar. Se levantó y se dirigió al salón donde su padre le esperaba.

Υ

Estaban sentados de nuevo frente a frente en el salón.

—¿Por qué has elegido precisamente este día para mostrarme todo esto? —Los ojos de Liam mostraban un dolor demasiado intenso.

—Porque tu madre me hizo prometer que no lo haría hasta que...

—¿Hasta que muriera? —le interrumpió él con cierto tono de impotencia en la voz.

James sacudió la cabeza.

—Hasta que volvieras.

—No he vuelto para quedarme, papá. Es cierto que quiero pasar algún tiempo aquí pero eso no significa que me vaya a olvidar de mis otras obligaciones.

—No me refería a volver en el sentido estricto de la palabra sino al figurado. Hoy lo he visto en tus ojos, Liam. Has estado aquí muchas veces, pero no eras tú el que nos visitaba. Estabas aquí físicamente, pero tu alma vagaba sin rumbo y lo sabes. Hacía años que no veía en ti esa mirada sincera que siempre te caracterizó. Esa transparencia fue sustituida hace demasiado tiempo por una oscuridad infinita en la que, sin saberlo, estabas empezando a ahogarte.

—Prefiero no hablar de ese tema —susurró terriblemente angustiado.

—No tengo intención de hacerlo porque el milagro ha ocurrido y aunque tu madre no haya vivido para verlo con sus propios ojos, sé que donde quiera que se encuentre ha sido partícipe de ese momento al igual que lo he sido yo.

Liam agachó la cabeza y escondió el rostro entre sus manos.

—¿Es cierto que siempre que ha regresado a Escocia ha venido a visitaros? —Volvió a levantar su rostro lentamente a la espera de la respuesta.

Su padre asintió.

—¿Cuándo fue la primera vez? —Le volvió a temblar la voz.

—En diciembre del 98. Dos semanas antes de Navidad.

Liam recordó inmediatamente el día en el que tan sólo meses antes de aquellas fechas, había visto con sus propios ojos cómo Amy ya estaba fuera de su alcance.

—No puedo creerlo —dijo a media voz a medida que se levantaba del sofá y comenzaba a pasear de un lado a otro sin atreverse a pronunciar palabra.

De repente se detuvo.

—Estuvo aquí y no me dijisteis nada ¿cómo pudisteis hacer algo semejante?

—Ella nos lo pidió así. No teníamos elección.

Liam se dio cuenta de que comenzaba a acelerarse, pero apretó los puños en un vano intento de calmarse y tomó aire antes de volver a hablar.

—¿Y después de aquella primera vez?

—Todos los veranos hasta el año 2001. Sólo felicitaciones de Navidad durante los dos primeros años. Después se esfumó. Hasta que recibimos esta caja hace unos meses.

—¿Por qué dejó de visitaros de repente? ¿Qué ocurrió?

—La última vez que estuvo aquí vino expresamente para darnos la feliz noticia.

—¿Qué noticia?

—Se iba a casar.

Liam permaneció largos segundos en silencio mirando a su padre. Volvió a tomar asiento.

—¿Llegó a darte algún dato del afortunado? —Esta vez la agonía de su voz fue demasiado evidente.

—Creo recordar que su nombre era Jorge Stich.

—¿Jorge Stich?

—Era argentino de ascendencia alemana, economista y trabajaba con ella en Murray & MacBride en San Francisco. Antes de incorporarse allí, había estado trabajando en Chicago durante cuatro años. La firma se había asociado con alguien más según nos explicó, y le habían ofrecido la posibilidad de dirigir las oficinas que tenían previsto abrir en América Latina. Una vez que contrajera matrimonio, se marchaba a vivir a Buenos Aires.

—Buenos Aires... —repitió para sí Liam en un débil murmullo. Recordó con una dolorosa claridad su viaje a Buenos Aires para promocionar *Delito de omisión* y localizar posibles exteriores para el rodaje del próximo proyecto que protagonizaría y produciría con Clyde como socio de Arbroath Film Entertainment. Era curioso que el personaje al que él iba a dar

vida fuera precisamente un alemán huido a Argentina. Aquel suceso de tres escasos minutos en la ciudad de Buenos Aires supuso el comienzo de su declive personal, lo cual resultaba paradójico. Precisamente, aquel oscuro periodo en el que a punto estuvo de descender al mismo infierno fue el que le llevó a interpretar el mejor papel de su carrera.

—Estaba en todo su derecho, Liam.

Se volvió a levantar para dirigirse hasta la ventana que daba al porche. Ahora lo comprendía todo. Aquello fue un duro golpe que no supo encajar. La indignación estaba a punto de hacerlo estallar.

—¿Derecho a qué? —preguntó enervado y resentido girándose hacia su padre—. ¿Derecho a dejarme plantado como lo hizo? ¿Derecho a romper el pacto que habíamos establecido? ¿Derecho a visitar a escondidas a mi familia e implicarlos en el grave error de guardar el secreto durante años? ¿Derecho a meter en una vieja caja de madera los escombros de mi vida para después invitarme a que escriba el final de una historia que podíamos haber escrito los dos juntos? ¿Derecho a qué, papá?

—A ser feliz.

—¿Y qué hay de mí?

—Tú tuviste otra forma de buscar tu felicidad, hijo, y no puedes negar que la conseguiste. Has alcanzado tu sueño máspreciado.

—No puedo creer que estés diciendo algo semejante —le dijo con mirada entristecida.

—Si ella se hubiera unido a ti en el intento sabía que no lo conseguirías. Te dejó volar. Es tan simple como eso.

De repente Liam empezó a sonreír con sarcasmo.

—¿Me estas diciendo que ella hizo el sacrificio de apartarse para que consiguiera mi anhelada fantasía de convertirme en actor? Dios... ése es el acto más vil y cobarde que alguien se ha atrevido a hacer por mí.

—Por duro que te parezca es así. No seas insensato, Liam. Tú estabas viviendo a unos niveles que estaban a años luz de Amy. Hace once años que decidiste aventurarte a cruzar el Atlántico para probar suerte y la suerte te acompañó. Eres rico, guapo y poderoso, y estás rodeado de mujeres por las que mu-

chos mortales darían la vida. Tú elegiste un camino y Amy eligió otro. No tenéis derecho a reprocharos nada el uno al otro. Vuestra relación no llegó a cuajar. Siempre fuisteis más amigos que pareja.

—¿Amigos? —Volvió a mostrar una sonrisa melancólica—. Eso es lo que os dijo... «amigos». Su mejor amigo resultó ser la persona que lo abandonó todo para seguirla. No me marché a California para ser actor, papá. Me marché para iniciar una vida junto a ella.

—Pero no salió bien. Nunca me he inmiscuido en vuestras decisiones. Además, desde que perdisteis el contacto nunca volviste a mencionarla.

—¿Cómo pretendías que la mencionara después de lo que había hecho? Me abandonó. Desapareció sin darme una explicación coherente. ¿Cómo... cómo podíais mirarme a la cara sabiendo que ella había estado aquí? —Sus ojos eran la viva expresión de la rabia contenida.

—Tenerla a ella aquí aunque fuera sólo durante unas horas era como tenerte a ti, Liam. Siento si no lo hicimos correctamente pero así lo pidió Amy. Ella juró que tenía sus razones para hacer lo que hizo. Lo hecho, hecho está. Ya no hay marcha atrás.

—Si sabes que ya no hay marcha atrás, ¿por qué me has enseñado la caja? ¿Por qué precisamente ahora?

—Por una razón muy sencilla, hijo. Te he visto coger el libro que te regaló, he visto esa mirada cuando has leído sus letras dedicadas y cuando has sujetado la foto entre tus temblorosas manos.

—¿Y qué mirada es ésa si se puede saber?

—La misma mirada que se reflejaba en mis ojos cada vez que tu madre estaba cerca.

Capítulo cuatro

Sintió un leve zarandeo seguido de un suave cosquilleo en su nariz. Después, unas sofocadas risas; las risas de unos niños. Dio un manotazo a aquello que parecía provocarle el cosquilleo y las risas se hicieron más audibles. Despertó al tiempo que escuchaba la voz de su hermana Jane.

—Sshhhhhh, ¿pero se puede saber qué...? Fuera de aquí los dos, ahora. Dejad descansar al tío Liam.

Liam abrió los ojos y recobró el sentido. No se acordaba de que se había quedado dormido en el sofá. Alguien le había puesto una manta encima y se percató de que aún llevaba puesto el albornoz.

—Ya se ha despertado, mamá —dijo Matt.

—Sí, tía Jane, ya está despierto, ya está despierto —anunció Sarah.

Liam se reincorporó apartando la manta. Se frotó los ojos para volver a abrirlos y ver a sus sobrinos expectantes delante de él. Jane estaba a sólo unos pasos de ambos contemplando la escena. Parecía una especie de dios griego allí sentado con el cabello alborotado. Aquella figura soberbia y aquellos rasgos hacían de él el hombre más tierno y al mismo tiempo el más hercúleo de la tierra.

—¿Y bien? Creo que el campeonato de cosquillas está a punto de empezar.

Matt y Sarah intercambiaron miradas y con una pícaro sonrisa los dos se lanzaron a los brazos de su tío. Era una costumbre que parecían no haber olvidado o quizás era Jane quien se lo había recordado. Lo que Liam no había olvidado es que

después de aquella batalla acabaría con el cuerpo molido y con ciertos músculos de su rostro doloridos de tanto reír. Jane tuvo que intervenir como de costumbre para separarlos antes de que acabaran con él.

—Me rindo, me rindo —decía Liam—. Habéis ganado. Os declaro campeones.

Matt y Sarah se levantaron sonriendo.

—Vamos, os quiero a los dos en la cocina ahora mismo.

—Pero ¿no vamos a ir a Arbroath? ¿No vas a venir con nosotros, tío Liam? —preguntó Matt con sus expresivos ojos, los mismos de Jane.

—El tío Liam ha hecho un viaje muy largo —los interrumpió Jane— y necesita descansar. A propósito, y antes de que se me olvide, acaba de llegar tu maleta. La hemos dejado en tu habitación. —Volvió a dirigirse a los niños—. Iremos a Arbroath otro día. Venga, los dos a la cocina, que el abuelo os está preparando un chocolate. No le dejéis solo.

Los niños obedecieron cabizbajos y desaparecieron de la estancia cuando Liam los detuvo.

—En cuanto os toméis ese chocolate, me doy una ducha y nos vamos de excursión ¿Trato hecho?

Unas amplias sonrisas se volvieron a dibujar en sus preciosos rostros.

—No estás obligado, Liam —le dijo Jane sin mirar a los niños.

—Quiero hacerlo, ¿de acuerdo? Siempre que tú me des tu consentimiento, claro.

—Sabes de sobra que no lo necesitas.

—Entonces... —Liam miró por el rabillo del ojo a sus dos sobrinos que esperaban una respuesta.

—Id con el abuelo —ordenó Jane—. El tío Liam os avisará cuando esté listo.

Matt y Sarah salieron disparados del salón.

Liam se volvió a encontrar con la mirada de su hermana que se acercó, apartó la manta y se sentó a su lado.

—Siento la forma de... —dijo Jane.

—Hacía tiempo que no tenía un despertar tan auténtico. Jane sonrió.

—¿Qué te hace tanta gracia? —preguntó Liam frunciendo el ceño.

—Apuesto a que te han despertado de mejores formas. Más de una estaría dispuesta a hacer cola para despertarte todas las mañanas.

Liam se vio obligado a devolverle la sonrisa pero no le hizo ningún comentario.

—¿Cómo has pasado la noche?

—Ha sido un poco atípica. Lo siento sobre todo por papá porque prácticamente ha sido él quien me ha consolado a mí en vez de a la inversa. Me siento tan... —Se quedó sin palabras.

Jane desvió su mirada hacia el manuscrito de Amy que se hallaba encima del reposabrazos del sofá. Liam la siguió con la mirada.

—¿Lo has leído? —le preguntó.

Jane asintió. Liam esperó a que se pronunciara al respecto.

—No es una historia de ficción. Es espléndida por la sencilla razón de que es real. No lo leas a la ligera, hazlo cuando estés preparado.

—Me pregunto si alguna vez lo estaré.

—Lo estarás, pero todo a su debido tiempo.

Jane se compadeció de él. Allí estaba con los ojos aún enrojecidos y algo hinchados, pero igual de cautivadores. A su vida personal, medianamente encauzada después de un cúmulo de contrariedades, se había sumado ahora el fallecimiento de su madre y el encuentro con ese pedazo de su pasado que tanto le había marcado. Jane podría haber aprovechado aquel momento para aclararle aquellas dudas y dejar abierto un pequeño camino hacia la esperanza, pero sabía que no podía hacerlo. Amy confiaba en que el tiempo era un arma de doble filo. Podía separar y unir, podía hacer que se amara y que se odiara, podía abrir heridas pero también podía curarlas.

—Ha pasado demasiado tiempo.

—Recuerda que aquí las cosas van más despacio.

Jane sabía que de un momento a otro se iba a desmoronar. Hubo un corto silencio roto por la voz destrozada de Liam.

—Necesito que me abracés —le dijo.

Jane así lo hizo. Su hermano se acurrucó hecho un ovillo encima de su regazo y comenzó a llorar como nunca antes lo había hecho. Jane calmó sus temblores acariciando su hombro y su cabello. Era la primera vez en su vida que lo veía llorar.

—La echo tanto de menos, Jane —le decía una y otra vez entre sollozos.

Jane conocía la pasión de su madre por Liam al igual que la de Liam por su madre. Pero en aquel momento sabía que no lloraba solo por Katherine Wallace. También lo hacía por Amy MacLeod.

Era casi mediodía cuando Liam llegó a Arbroath acompañado de sus sobrinos. Finalmente, Jane y Keith se habían atrevido a dejarlos en sus manos aunque este último no estaba muy convencido. No veía a Liam muy capacitado para llevarse a dos chiquillos de siete y ocho años a casi dos horas de camino por una carretera comarcal después de todas las emociones que llevaba sufridas. Jane trató de interceder poniendo como excusa que a Liam le haría mucho bien pasar aquel día con los niños y se puso fin a la discusión.

Ver las caras de emoción de ambos durante todo el trayecto a través del espejo retrovisor haciéndole partícipe de todo tipo de anécdotas de sus aún cortas vidas le llenó de felicidad. Era cierto que la risa de un niño le hacía olvidar todo lo malo. No paró de reír durante todo el camino y agradeció en silencio a su hermana Jane el regalo inesperado que le había brindado durante aquella jornada.

Tuvo la suerte de poder dejar el coche aparcado cerca de la zona portuaria. El histórico puerto de Arbroath estaba situado al sudeste del centro de la ciudad. La industria pesquera había sido el principal sustento de la población durante generaciones. Arbroath era especialmente popular por sus ahumados especiales realizados sobre astillas de madera al fuego.

El frío cortaba la respiración, pero agradeció ese aire puro que le llenaba los pulmones. Cuando pusieron pies en tierra, se ocupó de abotonar bien los abrigos de Matt y Sarah, aunque ambos se negaron a ponerse sus gorros y bufandas. Liam los amenazó con darse media vuelta y regresar a Callander y los dos terminaron obedeciendo sin rechistar. Les propuso alquilar unas bicicletas para hacer un pequeño circuito de no más de cinco o seis kilómetros por los alrededores de Forfar Loch para entrar en calor y ambos aceptaron emocionados la propuesta.

Pararon para hacer algunas compras en Angus Farmer Market aprovechando que era el primer sábado del mes. Una vez de vuelta las bicicletas, saciaron su voraz apetito en The Pageant, en Kirk Square, donde se vio obligado a firmar algunos autógrafos ante la mirada orgullosa de sus sobrinos. Dieron un último paseo por el puerto antes de volver a Callander. No eran aún las cuatro de la tarde y prácticamente ya estaba empezando a oscurecer. Los tres contemplaban exhaustos el paisaje apoyados en una barandilla.

—¿Cuándo vas a volver? —le preguntó Sarah con mirada avispada.

—Todavía no me he marchado —le contestó Liam con una amplia sonrisa—. ¿Ya os habéis cansado de mí?

Tanto Matt como Sarah sacudieron la cabeza con tímidas sonrisas. Liam los atrajo cariñosamente hacia él.

—¿Te vas a quedar más tiempo? —Fue Matt quien preguntó esta vez.

—Quizá, no estoy seguro.

—Papá dice que ya no te gusta venir aquí —añadió Sarah— aunque la abuela siempre le regañaba cuando lo decía.

Liam sintió un pequeño pellizco en el estómago.

—¿De veras crees que no quiero venir? —Acarició cariñosamente su cabeza a través del suave tejido de lana de su gorro.

—Yo creo que no puedes venir porque tienes demasiado trabajo. Eso decía siempre la abuela ¿Es por eso que tampoco tienes hijos? —preguntó con los ojos muy abiertos.

Liam no pudo evitar esbozar una sonrisa.

—Para tener hijos hace falta una mujer que quiera tenerlos.

—Una novia, ¿verdad? —intervino Matt—. Pero mamá dice que tienes novia.

Liam se acordó de Lisa. No había vuelto a conectar el móvil desde su llegada a Escocia. Supuso que tendría que tener cientos de llamadas perdidas.

—El que tenga novia no quiere decir que vaya a tener hijos con ella —contestó sonriendo.

—Claro, tonto —explicó Sarah a su primo—. Tendrá hijos cuando encuentre a la novia adecuada.

—Exacto, eso es —añadió Liam.

—¿Y si encuentras a una novia guapa la traerás aquí?
—preguntaron los dos al unísono.

—Por supuesto —respondió Liam riendo—. Me tendréis que dar el visto bueno.

Los tres rieron de lo lindo. Cuando las risas se acallaron Sarah dirigió una mirada de admiración a su tío.

—Promete que vas a venir a vernos pronto otra vez —le suplicó—. Ahora todo estará muy triste sin ti y sin la abuela.

Liam se agachó para ponerse en cuclillas a la altura de ambos.

—Escuchadme con atención los dos —les dijo—. Sé que últimamente os he tenido un poco abandonados, pero eso no significa que no me haya acordado de vosotros. El trabajo me ha robado mucho tiempo de mi vida, más de lo que hubiera deseado, pero ahora pienso hacer un pequeño descanso para dedicarme más a aquellos a los que quiero. Prometo que me veréis más a menudo en carne y hueso y no a través de una *webcam*. Es más, hablaré con papá y mamá para llevaros a California de vacaciones el próximo verano. Ahora que sois más mayores y responsables no creo que me vayan a poner ninguna pega.

—Tío Liam ¡Qué bien! Tienes que convencerlos, ¿eh? Por favor, convéncelos —gritaba emocionado Matt.

—Empezaremos a hacer méritos los tres para conseguirlo, ¿vale?

Ambos asintieron y de inmediato echaron los brazos al cuello de Liam para darle un beso. Liam los mantuvo abrazados durante un rato y se separó de ellos antes de que vieran como se le atravesaba un nudo en la garganta.

—Volvamos ya a casa si no queremos tener problemas con la *Sargento* Jane.

Volvieron a reír con energía y se dirigieron hacia el lugar donde estaba aparcado el vehículo para regresar a Callander.

Jane cerraba con sigilo la puerta de la habitación de los niños al tiempo que Liam salía del baño envuelto en una toalla a la cintura.

—¿Ya se han dormido? —le preguntó en voz baja.

—Sí, estaban realmente agotados. Si vas a darles un beso de buenas noches seguro que no se enteran.

—Lo haré de todos modos —le contestó con aquella cándida mirada tan propia de él.

—No tardes —le dijo Jane con una leve pero calurosa sonrisa—. La cena ya está lista.

Liam asintió. Jane se dirigía hacia la escalera cuando Liam la detuvo.

—Jane.

—¿Sí? —Su hermana se volvió hacia él. A pesar de que era su hermano menor, de nuevo se volvía a sentir empujada por aquella portentosa fisonomía.

—No tengo palabras para agradecerte lo que has hecho por mí. Me refiero entre otras cosas al hecho de que hayas mediado a mi favor con Keith con el tema de los niños.

Jane se encontró de nuevo con aquellos ojos azules, tomó su muñeca entre sus manos y la apretó con una infinita ternura.

—Lo he hecho por ellos. Cuando llegaron del colegio y les dije que estabas de camino, apareció un brillo en los ojos de ambos que es difícil de describir. Para un niño, ser el centro exclusivo de atención aunque sea por unas horas por parte de alguien que el resto del mundo idolatra es todo un privilegio. No estaba dispuesta a privarlos de ese pequeño momento de gloria en sus vidas. Y aunque no lo creas, Keith también te agradece lo que has hecho hoy por ellos. Los dos te lo agradecemos.

Liam no supo qué decir. Se deshizo de las manos de su hermana y la envolvió en un emotivo abrazo. Jane se sintió conmovida y al mismo tiempo abatida porque había soñado tantas veces con volver a percibir aquellas oleadas de sentimientos por parte de su hermano, que por un momento no creyó que aquello pudiera estar sucediendo. Se separó de él y le acarició suavemente el antebrazo.

—Ponte algo encima rápido o pillarás un resfriado. La cena nos espera —añadió con una simpática mueca.

—Bajo enseguida.

La cena transcurrió de forma apacible. Todos se mostraron cordiales y amables con el solo objetivo de hacer olvidar a Ja-

mes por unas horas la desdicha que le acompañaría eternamente.

Anabelle, la esposa de Keith, había cocinado una deliciosa sopa típica escocesa, *Cullen skink*, elaborada a base de abadejo ahumado, leche y puré de patatas. Jane había cocido el salmón fresco que Liam había traído de Arbroath. Lo había cocido entero en un caldo de agua, vino y verduras hasta que su piel rojiza se volvió de un delicado color rosa. Estaba realmente exquisito. Douglas, el esposo de su hermana Jane, había colaborado comprando en una pastelería de Main Street de Callander un pastel Dundee, cubierto de almendras, con frutos secos y especias. Había sido sin duda todo un banquete, y como era costumbre en las reuniones familiares, los caballeros que había en la mesa se levantaron de sus asientos para retirarlo todo y llevarlo a la cocina. Keith insistió en que Liam le ayudaría, librando así a Douglas y a su padre de la tarea. Liam sabía que quería quedarse a solas con él y parecía ser que el resto de los presentes habían comprendido perfectamente sus intenciones.

Keith iba metiendo los platos en el lavavajillas mientras Liam se dedicaba a ir fregando a mano algunas cacerolas. Hablaban de temas intrascendentes como la política, asuntos concernientes al despacho de Keith y la cercanía de la ansiada primavera. Una vez Keith hubo terminado su labor se dirigió hacia la despensa. Ninguno de ellos quiso pronunciarse sobre la triste pérdida de su madre. Cada uno guardaba su pena en silencio.

—No sé si sería apropiado ofrecerte un whisky —le dijo saliendo de la despensa y colocando la botella en la mesa de la cocina.

—Si tu objetivo es ponerme a prueba, la respuesta es no —dijo Liam con la vista fija en el fregadero.

—No ¿qué?

—No es apropiado que me ofrezcas un whisky. —Esta vez sí que alzó una mirada en cierto modo desafiante. Al ver que su hermano no pronunciaba palabra, Liam volvió a sus quehaceres domésticos.

—Entonces beberé por los dos —añadió Keith.

Abrió un armario para coger un vaso. Lo llenó y lo dejó so-

bre la mesa. Después abrió un cajón cercano al horno y extrajo un paño limpio para secar lo que Liam iba soltando en el corredor.

—No hace falta, yo puedo hacerlo —le dijo sin mirarlo.

—Así acabaremos antes —contestó Keith.

Terminaron aquella tarea en pocos minutos sin que mediara palabra alguna entre ellos. La tensión era palpable. Keith se acercó hasta la mesa para beber de su vaso mientras Liam lo hacía hasta el frigorífico para coger una pequeña botella de agua.

—Gracias por llevarte a los niños hoy a Arbroath. Les has hecho pasar un día inolvidable. Necesitaban saber que aún estabas ahí.

Liam bebió un trago largo de la botella.

—Siempre he estado ahí —le dijo con semblante serio.

—No siempre, Liam. Al menos no de la manera que nosotros hubiéramos querido.

—Lo he hecho lo mejor que he podido. Me gustaría saber cómo lo habrías hecho tú si hubieras estado en mi lugar —decía mientras cerraba la puerta de la cocina.

—No quisiera estar en tu lugar.

—¿De veras? Pues yo diría que sí que te habría gustado.

—Siempre envidié tu talento si es eso a lo que te refieres, pero en ningún momento he envidiado al hombre que estaba empezando a hundirse en el fango y que no ha tenido la valentía suficiente para pedir ayuda.

—Sí que la pedí.

—¿Dónde? ¿En una exclusiva clínica de rehabilitación para millonarios? No es ésa la ayuda de la que yo estoy hablando. ¿Qué hay de tu familia? Esa familia de la que tanto te enorgullecen cuando hablas con tus queridos amigos de la prensa.

Liam guardó silencio. Sabía que su hermano tenía aún mucho más que decir.

—Han sido casi dos años, Liam. Dos años. ¿Sabes lo que es ver la frustración en los ojos de tu hermana y de tus padres e incluso en los de tus sobrinos cuando sus compañeros de clase les repetían hasta la saciedad que su tío Liam, el actor, era un borracho? Maldita sea, teníamos que cerciorarnos a través de Clyde de que estabas sobrio para que pudieras aparecer en la

webcam y hablar con ellos. ¿Cómo crees que nos hemos sentido todos sabiendo que te dejabas ir y que estabas cometiendo el error de apartarte cada vez más cuando lo que tenías que haber hecho era precisamente todo lo contrario?

—Tú no lo entiendes.

—Entonces explícamelo de una maldita vez.

—Me sentía avergonzado, humillado —respondió Liam cabizbajo—. No podía acudir a vosotros en ese estado. Para mí era una deshonra. Si crees que no me importaba el hecho de no estar a vuestro lado en aquellos momentos, te equivocas. Lo único en lo que pensaba era en si todo aquello por lo que había luchado merecía realmente la pena. Había momentos en los que deseaba dormirme y despertarme de nuevo en mi apartamento de Edimburgo, listo para ir al despacho para ver qué problemas podía resolverle al mundo en vez de causarlos yo. Si me metí en aquel problema yo solo, tenía que salir de él de la misma manera. No estaba dispuesto a que os ensuciarais las manos por mi culpa.

—Sabes que en el momento en que nos hubieras tendido la mano habríamos acudido todos, sin excepción.

—Ahora lo sé, pero en aquel momento estaba perdido. La decepción se había apoderado de mi persona. Estaba en medio de ninguna parte y no sabía qué rumbo tomar. Me había transformado de tal manera que ni yo mismo me reconocía. He reaccionado tarde, Keith, pero lo he hecho. —Tomó aire en un intento de calmarse antes de proseguir—. He vuelto a recuperar el control de mi vida, algo que creía que nunca volvería a conseguir.

—Para volver a recuperar el control has dejado demasiadas cosas en el camino.

—Nunca me perdonaré el no haber estado al lado de mamá en sus últimos momentos y eso será un peso con el que tendré que cargar el resto de mi vida. No hace falta que me lo recuerdes.

—Había momentos en los que ni Jane ni yo parecía que existiéramos. Siempre la misma cantinela. El pobre Liam, la tensión emocional que arrastraba Liam, la soledad de Liam, Liam necesita esto, Liam necesita lo otro. Una y otra vez... y nosotros esperando en silencio a que Liam se dignara a aparecer

para enfrentarse de una vez por todas a la realidad. ¿Sabes lo que es verlos a los dos hundidos en la más absoluta de las miserias por tu culpa? ¿Sabes lo que es ser un cero a la izquierda?

—¿Estoy oyendo hablar al mejor abogado de toda Escocia, padre de familia entregado, fabulosa esposa, encantadora hija, al que siempre me ponía de ejemplo mi padre desde que me levantaba hasta que me acostaba? —La indignación de Liam empezaba a ser más que evidente.

—Sabes que eso no es cierto —dijo Keith a sabiendas de que sí lo era.

—Siempre estuve a tu sombra. Tú eras el hijo perfecto e impecable. Lograbas triunfar en todo aquello que te proponías. Carrera, mujeres, trabajo. Yo, sin embargo, fui el mediocre, el inseguro pero encantador Liam que se quedaba siempre atrás esperando alcanzarte algún día, pero cuando parecía que por fin iba a estar a tu altura, tú entonces inventabas alguna argucia para conseguir mejorar tu marca mientras que yo, como era habitual, me volvía a quedar en el camino.

—Si crees que lo que acabas de decir te disculpa de todo lo que has hecho te estás engañando a ti mismo.

—No estoy buscando culpables donde no los hay, Keith. El único responsable de mis actos soy yo y nadie más. Pero no me vengas con monsergas con respecto a quién ha sido o dejado de ser el hijo predilecto porque por ahí sí que no voy a pasar.

—Tengo que reconocer que tu capacidad de oratoria no la has perdido. Si estuviéramos ante un jurado estaría claro a favor de quién se habría pronunciado un veredicto.

—A tu favor supongo —contestó Liam después de beber de un trago lo que quedaba de agua en su botella.

Keith sacudió la cabeza.

—Lo que te diferencia de mí es que tú eres el mejor en cualquier cosa que te propongas hacer. Yo sólo soy el mejor en lo que sé hacer.

Keith bebió un trago de su whisky. Contempló el vaso casi vacío. Levantó la mirada de nuevo hacia su hermano.

—No podía volver aquí y ver la decepción en vuestros ojos. Sabía que me estaba equivocando, Keith. Lo sabía, pero aún así estaba convencido de que la única forma de empezar de nuevo era apartándome de todos los que deseaban tenerme a su lado.

No supe encajar con valentía el cáncer de mamá porque no podía creer que en el momento más crítico de mi vida también tuviera que enfrentarme a una enfermedad que probablemente terminaría con su vida.

—En ese momento deberías haber vuelto y lo sabes.

—Lo hice.

—No estuviste ni treinta minutos en el hospital. Maldita sea, mamá no tuvo tiempo de reaccionar a tu visita. Te volviste al aeropuerto como alma que lleva el diablo sin siquiera pasar por casa para ver a tu familia.

—No, Keith. No estaba en condiciones de tomar esa decisión y eso tú también lo sabes. Otras personas como Izzie y Clyde tuvieron que tomarlas por mí. Si no hubiera sido por Izzie no habría salido de ese agujero. Jamás me podré olvidar de las consecuencias de mis actos. Sé que con mi actitud mamá se puso mucho peor, pero te repito que puedes estar tranquilo porque estoy pagando con creces la condena y la estaré pagando de por vida.

Keith mantuvo la vista fija en su hermano.

—Siempre decía que si tu ausencia servía para que volvieras a ser el Liam de siempre, entonces todo valdría la pena.

—No sé hasta qué punto. A veces me pregunto si... —No pudo continuar.

—Fue el cáncer lo que acabó con nuestra madre, no tú. Quiero que eso te quede claro. Tampoco me parecería justo que te culparas por algo que ni tú ni nadie podíamos controlar.

De nuevo el silencio.

—No he vuelto a tomar una copa desde el mismo día en que Izzie y Miles entraron en casa. Querías preguntarlo, pero no te atrevías. Te he ahorrado el mal trago —dijo haciendo hincapié en las últimas palabras.

—Nunca he dudado de tu capacidad para salir de grandes aprietos. Si algo he admirado en ti, es eso precisamente.

—¿El qué? —preguntó Liam sin saber a ciencia cierta a lo que se refería.

—Por muchas veces que caigas siempre te levantas y continúas sin ayuda.

—Yo no lo veo como una virtud; más bien un defecto que ha hecho que esté a punto de perder lo que más quiero.

Keith se levantó y se dirigió hacia él.

—Mamá siempre nos decía que, a pesar de las apariencias, eras el más vulnerable de todos nosotros. Incluso en sus últimos días nos lo recordaba. «Liam no es tan fuerte como todos pensáis, os necesita. No le guardéis rencor porque sé que está sufriendo tanto o más que nosotros.» Yo estaba tan indignado y cegado que no veía en ti tal vulnerabilidad. Lo único que veía era simple cobardía.

—No te equivocaste.

—Sí, en cierto modo, sí que lo hice. No supe entender por lo que estabas pasando y por una vez en la vida traté de ponerme en tu lugar. A pesar de todo, tengo que darte las gracias —le dijo.

—¿Por qué? —le preguntó Liam con expresión confusa.

—Por haber vuelto.

Esta vez Liam recibió el abrazo que su hermano le había negado dos días atrás.